

A sus plegarias cerrado,  
Desechaba su clamor.

Otras veces á Rodrigo,  
A su falso y vil amigo,  
Delante de sí veía,  
Que riendo le decía:

«¿Qué haces aquí, Garceran?

»Todas estas penitencias,  
Son inútiles demencias,  
Y no tienen eficacia;  
Pues las fuentes de la gracia  
Para tí, secas están.»

«Ven, amigo,  
Ven conmigo  
A blasfemar  
De ese cielo,  
Que es de hielo  
A tu llorar.

»Ven conmigo al infierno  
A hacer eterna guerra al Sér eterno.»

Y luego con risa horrenda  
Le mostraba la tremenda  
Escena, que aparecía  
Entre niebla vaga y fría,  
Del funesto cenador.

Y Nuño otra vez miraba  
A su esposa, que estampaba  
De un jóven en el hermoso  
Rostro, aquel beso amoroso,  
Principio de su furor.

A doña Blanca indignada,  
Otras veces, asomada  
Por rotos nublados llenos  
De relámpagos y truenos,  
Juzgaba ver ante sí.

Que á puñados de la herida  
Sacando sangre encendida,  
Y arrojándola inclemente  
Sobre su confusa frente,  
Feroz gritábale así:

«No, maldito,  
A tu delito  
No hay perdón.  
Dios airado  
Ha pronunciado  
Maldición.

Húndete con Rodrigo,  
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»—

Y era tan fuerte y tremenda  
En la pesadilla horrenda,

De las falaces visiones  
Y de aquellas expresiones  
La bien fingida verdad;

Y del dormido en la mente  
Obraban tan hondamente,  
Que al mísero confundían  
Y en un abismo lo hundían  
No esperando ya piedad.

Y en tan horrible despecho,  
El árido hinchado pecho  
Con las uñas destrozaba,  
Y en tierra se revolcaba  
Con horrenda convulsion.

Pero el ángel, que constante  
Lo guardaba vigilante,  
Con las alas en la frente  
Le tocaba, y de repente  
Le calmaba el corazón.

Despertando, pronunciaba,  
De Dios el nombre, y lograba  
Desvanecer los ensueños,  
Y triunfar de los empeños  
Del espíritu infernal.

Y aumentando cada día  
Con más fe, y santa porfía,  
Y en Dios con más confianza  
Sus penitencias, alcanza  
Gracia y perdón celestial.

Sí, que después de lucha prolongada  
Por más de cinco años  
Con las artes diabólicas y engaños,  
Vida Nuño logró más sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas,  
Que en la tierra vertía,  
Donde su amada víctima yacía,  
Le eran refrigerantes y sabrosas.

Y cuando oraba con fervor vehemente  
Descendía del cielo  
Un rayo de esperanza y de consuelo,  
Que iluminaba su arrugada frente.

Y empezó en el terreno á ver señales  
De que Dios apiadado,

Iba á volverlo á su primer estado,  
Y á terminar sus angustiosos males.

Y en el vigor, y celestial consuelo,  
Que sentía en el alma,  
Gozoso conoció que ya la palma  
Le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sosegada  
De apacible primavera,  
Después de orar fervoroso  
El penitente en su cueva,

Salió á gozar de la luna,  
Que entre nácares risueña,  
De aquel campo iluminaba  
El llano, y las eminencias.

Y en santas meditaciones  
Absorto sus pasos lleva,  
Sin dirección, distraído,  
Del torrente á la ribera.

Allí otra vez de rodillas  
Por un largo espacio reza,  
Y después asiento toma  
En una desnuda piedra.

Y respirando en sosiego  
Las auras mansas y frescas,  
Que con alas invisibles  
Revolaban placenteras,

Levanta hácia el firmamento  
La venerable cabeza,  
Y los ya apagados ojos  
Clava en la bóveda inmensa.

Y del Criador adorando  
El poder, y la grandeza,  
Aquel espacio magnífico  
Que lo cobija, contempla.

Y ve entre vagos vapores  
Cómo giran los planetas,  
Y dan sus trémulas luces  
Las rutilantes estrellas,

Y ve los leves celajes,  
Que clara luna platea,  
Volar, cambiando sus formas,  
Caprichosas y ligeras.

Después revuelve la vista  
Con desden sobre la tierra,  
Notando entre ella y el cielo  
La distancia y diferencia.

Y ve aquellos arenales,  
Y aquellas peladas quiebras,  
Y aquellas muertas lagunas,  
Y se estremece, y se hiela.

Y por la llanura luego,  
Tan silenciosa y desierta,  
Tiende medroso la vista,  
Que se pierde en las tinieblas.

Cuando sorprendido advierte  
Por una rambla de arena,  
Venir sin susto y tranquila  
Una hermosa, blanca cierva.

Teme que del hondo infierno  
Escondida trama sea,  
Con que acaso le prepara  
Alguna asechanza nueva.

Fervoroso se santigua,  
El santo rosario besa,  
Y preparado á la pugna  
Cruza las manos y espera.

La gallarda cierva en tanto  
Siguiendo la misma senda,  
Sin mostrar recelo alguno  
Hasta el solitario llega.

Y como si acostumbrada  
Al trato humano estuviera,  
Y por la mano del hombre  
A vivir desde pequeña;

Tan sin recelo se avanza,  
Tan cariñosa se acerca,  
Tal candor muestra en los ojos,  
En su balar tal terneza;

Y atenciones y caricias  
Parece demanda y ruega,  
Con expresión tan sencilla,  
Y con humildad tan tierna;

Que resistirse no pudo  
El prudente anacoreta  
(Tal vez impulso secreto  
Que no comprende, le alienta)

Y la seca mano extiende  
Sobre la erguida cabeza,  
Y halaga la hirsuta espalda  
De la cariñosa cierva.

La cual con mil ademanes  
Inteligibles, y nuevas  
Miradas, y otros balidos,  
Y acciones á su manera,

Indícale que la siga,  
Y que se vaya tras ella,  
Y aun le tira con la boca  
Del sayal y la correa.

Otra vez el penitente  
Algun engaño sospecha,  
Y con fervoroso labio  
A la Virgen se encomienda.

Mas de espíritu invisible  
Distinta y clara resuena  
Una voz en sus oídos,  
Que le dice: *Nada temas.*

Levántase decidido,  
Y en Dios su confianza puesta,  
Sigue con incierto paso  
Del manso animal las huellas.

Déjase atrás el torrente,  
La ancha llanura atraviesa,  
Y no léjos de aquel sitio  
Que tumba de Blanca era,

Tras de su graciosa guía  
Un manso collado trepa,  
Que tiene en su fácil cumbre  
Un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se para,  
Otra vez revuelve atenta  
Al penitente los ojos,  
Cual rutilantes centellas,

Lanza un agudo balido,  
Que voz humana asemeja  
Que dice: ¡Aquí!—y de repente  
Por los peñascos penetra,

Metiéndose en sus entrañas,  
Sin dejar rastro ni puerta,  
Cual si atravesara sólo  
Delgada, impalpable niebla.

Pasmado queda don Nuño,  
Y su pasmo se acrecienta  
Oyendo en aquellos riscos  
Como una celeste orquesta.

Y viendo que se deshacen  
Como si humo leve fueran,  
Descubriendo allá en su centro  
Una capilla pequeña,

De blancas congelaciones,  
Que cristal parecen, hecha,  
Y de luces alumbrada,  
Que son pedazos de estrellas.

Y sobre un altar de césped  
Divisa la imagen bella  
De la Virgen soberana,  
Que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imagen  
Que en la derrocada iglesia  
Del palacio hundido, culto  
Luengos años recibiera:

Protectora de su estado,  
Y de su familia egregia,  
De sus vasallos consuelo,  
Y amparo de aquellas tierras:

Y la que afable le anuncia  
Que logró gracia completa,  
Y perdón el más cumplido  
De la santa Omnipotencia;

Segun le anunciara el labio  
De su confesor profeta,  
Cuando inspirado le impuso  
La cumplida penitencia.

Deslumbrado el penitente  
Cae de hinojos en la yerba,  
Y entona solemne salve  
Con el alma y con la lengua.

Salve, que de querubines  
Un coro que le rodea  
Repite, y hasta los cielos  
Sus puros acentos lleva.

Referir lo que en el alma  
Pasó del anacoreta,  
Los consuelos y los gozos,  
Los confortes, las ternezas,

Que á raudales en su pecho  
Derramó la Providencia,  
Dando á sus maceraciones  
La más amplia recompensa;

No puede mi humilde labio,  
Ni hay voz mortal que lo pueda,  
Pues son cosas que se esconden  
A la humana inteligencia.

Tras noche tan solemne, á la mañana  
Cuando el fúlgido sol en el oriente  
Sobre celajes nítidos de grana  
Alzó con majestad la augusta frente,  
De luz la inmensa bóveda del cielo  
Inundando, y de luz el bajo suelo;

Quedó admirado de Leon la sierra  
Al penetrar, y al ver en sus entrañas  
Aquella ántes maldita árida tierra  
Tornada en feracísimas campañas;  
Y que no era la misma juzgó acaso,  
Que la tarde anterior vió desde ocaso.

Pues en el punto en que la imagen santa  
De la Virgen, amparo y protectora  
De aquel terreno, tras de ausencia tanta  
A aparecer volvió de paz aurora,  
La sonrisa de Dios omnipotente  
Fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho más feraces que lo fueron  
En un instante sólo germinaron,  
Y á las nubes los árboles subieron  
En el momento mismo en que brotaron.  
En praderas viciosas cual ningunas  
Tornándose arenas, y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores,  
Cubrieron las laderas y las lomas,  
Y los ántes mefíticos vapores  
Erán ya salutíferos aromas;  
Pues humilde el torrente entre juncuales  
Derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,  
En bosque improvisado y en floresta,  
Los ántes mudos y callados vientos,  
Tornaron suaves en alegre orquesta,  
Que al santo simulacro, no á la aurora,  
Saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,  
Que parecían huesos insepultos  
De algun Titan, con yerbas repentinas  
Se revistieron los informes bultos,  
Y hiedras espontáneas en festones  
Las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,  
Para aliviar al pecador contrito,  
A quien su gracia y su perdón concede  
La piedad del Señor, sumo, infinito,  
Después de una constante penitencia,  
De la Virgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno  
Pronto advierten las gentes convecinas,  
Y de las altas cumbres del contorno  
Observan sus llanuras y colinas:  
Y un nuevo Eden advierten de concierto,  
Do ántes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima  
Llevados, ya se acercan cazadores,  
Ya algun rebaño retozon se arrima,  
Ya una choza levantan los pastores,  
Ya diestro agricultor osa avanzarse,  
Y poco á poco, así tornó á poblarse.

Y de la Virgen pura la capilla  
Se vió adornada de votiva ofrenda,  
Y en ella la quemada cera brilla,  
Sin faltar quien la lleve y quien la encienda:  
Que de la santa imagen los favores  
Cundieron por los nuevos pobladores.



Dándole gracias fervientes  
A Dios por tantas bondades,  
El tranquilo penitente  
Gozaba del bien presente,  
Tras tantas calamidades.  
Mientras que duraba el día

Al culto lo consagraba  
De la imagen de María,  
Y más afán no tenía  
Ni más amor le animaba.  
Y cuando á hundirse en ocaso  
Bajaba cansado el sol,  
Y con resplandor escaso  
Las nubes que hallaba al paso  
Esmaltaba de arrebol;

A la tumba el venerable,  
Que guarda á su esposa bella,  
Llevaba la tarda huella;  
Y con consuelo inefable  
De hinojos rezaba en ella.

Y allí la luna veía  
Aparecer tras los montes,  
Y cómo lenta subía  
Por la bóveda vacía,  
A ilustrar los horizontes.

Y cuando ya de luceros  
La inmensidad se adornaba  
Con brillantes reverberos,  
Porque los rayos postreros  
Del sol, la noche borraba;

En éxtasis delicioso  
Se levantaba su mente,  
Y vagaba libremente  
Por un mundo misterioso  
Del nuestro muy diferente;

Como el águila caudal,  
Que en un mar de luz navega,  
Sobre las nubes despliega  
Las alas, y hasta el umbral  
Del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma  
Del soberano perdón,  
Sin que infernal tentación  
Pueda ya turbarle el alma  
Ni entibiar su devoción;

Su espíritu se elevaba  
Como el humo del incienso,  
La fe ardiente le guiaba,  
Y las dichas columbraba  
De su porvenir inmenso.

Abrazado de una cruz  
Al firmamento subía,  
Y en piélagos de alegría,  
Y en campos de eterna luz  
Venturoso se perdía:

Los aromas respirando  
De celestiales jardines,  
Y aquel perfume gozando  
Del aliento puro y blando  
De los santos serafines:

Y oyendo aquella armonía,  
Que soles sin cuento dan

Cuando tan seguros van,  
Como que es Dios quien los guia,  
Por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso  
Otras veces embebido,  
Figurábase dormido  
En un prado delicioso  
Sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnaldas de rosa  
Sus cilicios, su sayal  
Glorioso manto real,  
Y su ancianidad rugosa  
La juventud más cabal:

Porque miraba á su alma  
Sin la corteza exterior,  
Cercada de resplandor,  
Coronada con la palma  
De la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba  
En balsámicos vapores  
De las más fragantes flores  
Que el manso viento halagaba  
Robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquellos,  
Notaba de cuando en cuando  
Cruzar fúlgidos destellos:  
Y eran los ángeles bellos  
En torno de él revolando.

Y luego abrirse veía  
El cielo, gran resplandor  
Derramando en derredor,  
Y que en medio de él venía  
La imagen del casto amor.

La de su esposa adorada  
De pié sobre niebla leve,  
De albas rosas coronada,  
Y de túnica velada  
Muy más blanca que la nieve.

Y en el pecho, do la herida  
Le hizo la daga homicida,  
Mostraba un claro rubí  
Como estrella carmesí,  
Con luces de eterna vida.

Y Garceran venturoso  
La dulce vision miraba,  
Que hasta junto de él llegaba  
Con rostro tan amoroso,  
Que el corazón le robaba.

Y una plática emprendían  
Tan tierna, sabrosa y pura,  
De tanto amor y dulzura,  
Y de cosas discurrían  
De tan sublime ventura;

Y con tan santos extremos  
Y con expresiones tales,  
Que apenas las comprendemos,

Y que explicar no podemos  
Los infelices mortales.

Cuando la vision aquella  
Celestial desaparecía,  
El penitente creía  
Que al retirarse la bella  
Doña Blanca, le decía:

«Ven, Garceran. ¿Por qué tarda  
En venir á mí tu amor?...  
Sube á otra vida mejor.  
¿Qué te arredra y te acobarda?...  
Ven, que te espera el Señor.»

Así en gratas ilusiones  
Dichosas horas pasaba,  
Y su viaje preparaba.  
A las eternas mansiones,  
A donde Dios lo llamaba.

Vino tras de hermoso día  
Una tarde deliciosa,  
En que de morado y rosa  
La atmósfera se vistió.

Y á la tumba cual solía,  
Ya de aliento y vida escaso,  
Con lento y con débil paso  
Nuño Garceran llegó.

Cual nunca las florecillas  
Y aquella abundante yerba,  
Que el breve espacio conserva,  
Lozanas juzgó encontrar.

Y sobre ellas de rodillas  
En dulce y celeste calma,  
No con la voz, con el alma  
Comenzó devoto á orar.

El sol desde el Occidente  
Entre nubes, de soslayo  
Moribundo metió un rayo  
Hasta aquel sitio de paz:

Como si del penitente  
Despedirse pretendiera,  
Y el último beso diera  
A su venerable faz.

A su luz roja, espirante,  
Ve don Nuño un tallo hermoso  
Del suelo brotar frondoso  
Y alzarse con rapidez;

Pues en brevisimo instante  
Se desarrolla, florece,  
Y una azucena aparece  
De celeste candidez.

La admira cual milagrosa,  
Y á un impulso soberano  
Lleva la trémula mano,  
Y la arraíca de raíz.

Y con ella venturosa,  
Dejando en el mismo punto  
En tierra el cuerpo difunto,  
Voló á Dios su alma feliz.  
Y aquella pura azucena  
Fué la vencedora palma,  
Con que engrandecida el alma  
De Nuño en el cielo entró.  
Y de nuevas gracias llena  
Aquella flor, desde el cielo,

A la tierra en raudo vuelo  
Un ángel restituyó.  
Pues la hallaron colocada  
A la mañana siguiente,  
Lozana, resplandeciente,  
Consuelo de todo afán,  
Ante la imagen sagrada  
De la Virgen sin mancilla,  
En la rústica capilla  
Que descubrió Garceran.

## FINAL

En el instante en que de Nuño el alma  
Voló al palacio de la eterna gloria,  
La azucena sirviéndole de palma  
De su glorioso triunfo y su victoria:  
De la virtud con la tranquila calma,  
Olvidando esta vida transitoria,  
En su celda, de hinojos don García  
Oraba humilde al espirar el día.

Y de celeste espíritu el acento  
El tránsito del bienaventurado  
Le reveló, mandándole al momento  
Marchar al sitio aquel donde ha espirado:  
Y en él fundar magnífico convento  
A la Madre del Verbo consagrado,  
Y á aquella imagen de virtudes llena,  
Bajo la advocacion de la *Azucena*.

Pasó la noche en oracion ferviente  
El religioso. Al despuntar el día  
Dejó á Guadalquivir y diligente  
Atravesó la hermosa Andalucía;  
Y pobre, peregrino, penitente,  
Del reino de Leon siguió la via,  
Saludando sus sierras empinadas  
Después de penosísimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso,  
Y ya no despoblado, con gran celo,  
Protegido del brazo poderoso  
Del soberano Dios de tierra y cielo,  
A cumplir su mandato, sin reposo  
Constante dedicó todo su anhelo,  
Edificando á aquella imagen bella  
Una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles,  
Y de otros religiosos ayudado,  
Pronto logró elevar los chapiteles  
De un gran templo á la Virgen consagrado;

En cuyas cimbras mágicos pinceles,  
Y en cuyos frisos mármol cincelado,  
De Garceran la penitencia y gloria  
Consignaron, trazándonos su historia.  
En magnífico altar de jaspes y oro,  
En que de cien blandones la luz brilla,  
Fué colocada con real decoro  
La efigie de la Virgen sin mancilla:  
Sus himnos entonando el alto coro  
Al compás de la armónica capilla,  
Siempre verde á sus piés, de encantos llena,  
Perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron  
El sueño de la paz ambos esposos,  
Y los votos de plata enriquecieron  
Del camarín los muros primorosos,  
Y con grandes ofrendas acudieron  
Al culto los magnates poderosos;  
Siendo de tan insigne santuario  
Todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García,  
En opinion de santo: otros varones  
Después, de ardiente celo y de fe pia,  
De la casa aumentaron los blasones.  
Y su nombre y su fama se extendía  
Por todas las católicas regiones,  
Conservándose siempre allí lozana  
Y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio  
Poner la Francia audaz toda la tierra,  
Y trastornando el español imperio  
Metió en sus lindes destructora guerra;  
Despareció aquel santo monasterio,  
Con gran dolor de la leonesa sierra,  
De hoguera voracísima en la llama,  
Que no nos dejó de él más que la fama.